

Las prácticas grupales de los jóvenes

*Adriana Soto Matínez**

En lugar de una ruptura, especie de muerte de la infancia y de renacimiento en estado adulto, se constituye una edad de transición, compleja, ambivalente, una suerte de espacio biológico-psicológico-social que ofrece el terreno propicio para la eventual constitución de una clase de edad adolescente.

E. MORIN

LAS REFLEXIONES EN TORNO de las prácticas grupales de los jóvenes no son una tarea reciente. Desde hace varias décadas algunos estudiosos han intentado explicar las razones por las cuales los jóvenes se asocian en grupos, conforman bandas o llegan a constituirse en colectivos. Llamam la atención las perspectivas centradas en una visión economicista que hace de estos grupos un producto de las contradicciones materiales que excluyen a diversos sectores de la población; en este sentido, las condiciones de desamparo y pobreza llevan a muchos jóvenes a agruparse y a responder de esta manera a la hostilidad de su contexto. La sociología también ha entrado a discutir la conformación de los grupos juveniles y ha planteado temas como el debilitamiento de la institución familiar y escolar o bien la ruptura generacional en la que los distintos intereses y posibilidades entre adultos y jóvenes llevan a éstos a buscar en sus pares una posibilidad de integración e inserción en la vida social. La psicología por su lado, aborda temas como el liderazgo, el contagio o la sugestión; para algunos autores como Mauricio Knobel, psicoanalista y psiquiatra, la

* Profesora-investigadora. Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

tendencia grupal de los jóvenes obedece a la búsqueda de uniformidad que puede brindar seguridad y estima personal:

El fenómeno grupal adquiere una importancia trascendental ya que se transfiere al grupo gran parte de la dependencia que anteriormente se mantenía con la estructura familiar y con los padres en especial [...] El grupo resulta útil para las disociaciones, proyecciones e identificaciones [1989:60].

La antropología es otra de las disciplinas que se ha preocupado por el tema de las agrupaciones juveniles; desde este campo se han estudiado fenómenos musicales como el rock, expresiones artísticas urbanas como el graffiti, el uso de los espacios, el territorio y los atuendos corporales; para la antropología, en el suceder de los grupos juveniles aparecen temas como los símbolos y sus significados, las tensiones entre el "nosotros" y los "otros", los rituales y las distintas formas discursivas.

Para la psicología social, preocupada por los procesos de constitución de la subjetividad, el devenir de los grupos juveniles es también una interesante veta de reflexión. Colocados desde este campo de estudio, nos interesa señalar que si bien las aportaciones anteriores han sido importantes en el ejercicio de profundizar la comprensión de estos fenómenos colectivos, creemos fundamental incluir una reflexión en torno de las dimensiones imaginarias de los grupos juveniles. A modo de discusión, planteamos la hipótesis de que las prácticas grupales de los jóvenes están definidas por dimensiones simbólicas, pero también por dimensiones imaginarias, es decir, por la capacidad de producir nuevos sentidos y significados, nuevos proyectos que dan cuenta de los modos en que los grupos de jóvenes dan sentido y significan su contexto.

Creemos que la memoria colectiva, el pensamiento utópico, la esperanza e incluso la ideología—formas en que el imaginario se organiza—son elementos constituyentes de los grupos y movimientos juveniles. Los *punks*, los *darks*, *graffiteros* y *cholos*, pero también las agrupaciones religiosas o políticas de jóvenes, dan cuenta de una subjetividad compartida que dota de proyecto las realidades que se viven.¹

¹ Según Hugo Zemelman, "por utopía se enriende la expresión de la subjetividad social que incorpora la dimensión de la posibilidad, abierta a un amplio campo de problemas y a todo un horizonte histórico. Es aquí donde el imaginario social se despliega formulando y reformulando

Los grupos juveniles no son portadores exclusivos de esta capacidad creadora de sentido; por el contrario, todo movimiento social, desde que se origina, está definido por una dimensión imaginaria. Para Mühlmann (1968) los movimientos sociales están determinados por una puesta en acción de fuerzas psíquicas profundas, que alimentan a lo que llamamos mito; el mito movilizador que cada movimiento tiene, es aquel que le da sentido. Entonces, andando otros caminos que no son los del racionalismo cartesiano, observamos la función social del mito que, como anota Castoriadis: "es esencialmente un modo por el que la sociedad catectiza con significaciones el mundo y su propia vida en el mundo, un mundo y una vida que estarían de otra manera evidentemente privados de sentido" (1988:71).

Por ejemplo, la libertad, la igualdad, la justicia son mitos, creaciones imaginarias que han sido objeto de *catexia*, han aparecido en la historia y se han realizado en la historia. "En realidad la mayor parte de las grandes civilizaciones, así como de las grandes revoluciones, violentan la historia a partir de un mito que concilia contradicciones" (*ibid.*:88).

El análisis sobre los movimientos sociales y la producción de las dimensiones imaginarias que éstos implican, también lleva consigo la discusión sobre la esperanza, la cual, señala Desroche:

Se parece entonces a esa fe de la que se ha escrito que "traslada montañas". La voluntad segrega capacidades. Lo deseable exorciza lo imposible. La aspiración dilata la expectativa. Las representaciones de la esperanza metamorfosean las situaciones desesperadas. En último término, y para usar un axioma famoso, si la existencia social determina la conciencia, la conciencia del mismo modo o incluso mejor determina la existencia social. La imaginación toma el poder [1976:30].

la relación entre lo vivido y lo posible. Pero la utopía, a pesar de transformar el presente en horizonte histórico, no garantiza la construcción de nuevas realidades. En efecto, dotar de sentido a las prácticas sociales no significa que se les confiera capacidad para construir opciones y viabilizarlas. Es solamente en el plano de la experiencia donde se puede reconocer la posibilidad de transformar la realidad, porque la noción de experiencia da cuenta de la objetivación de lo potencial, es decir, de la transmutación de lo deseable a lo posible, a través de sus distintos modos y niveles de profundidad, dando lugar a que la utopía se convierta en un proyecto mediante el cual se pretenda imponer una dirección al presente" (1995:17).

Si todo movimiento social está determinado por dimensiones imaginarias, los juveniles no serán la excepción. Específicamente, creemos que en muchas agrupaciones juveniles destaca el carácter liminal o marginal atribuido a la juventud, carácter que va posibilitando posturas instituyentes frente al poder instituido. Hemos escrito "muchas agrupaciones juveniles" porque nos parece importante relevar la condición heterogénea de esta población; para Bourdieu hablar de los jóvenes como si fuesen una unidad social con intereses comunes referidos a una edad definitivamente biológica es, evidentemente, una manipulación; para este autor, habría que dar cuenta de ^juventudes, porque hay jóvenes que "tienen más atributos propios del adulto, del viejo, del noble, del notable, cuanto más cerca se encuentran del polo del poder" (1990:165).²

En las páginas siguientes expondremos tres ejes de reflexión que nos parecen importantes. El primero de ellos plantea algunas notas en torno de las distintas formas en que se han hecho presentes los grupos juveniles. En el segundo eje vamos a referirnos a lo que se ha llamado estado liminal de la juventud, creemos que ello es pertinente porque ofrece algunos elementos para tratar de comprender la capacidad creadora e imaginaria que hace posible la pertenencia colectiva de la juventud. Y finalmente nos interesa comentar el tema de las llamadas identidades juveniles, aspecto fundamental para la comprensión de las prácticas grupales de los jóvenes.

Sobre los grupos juveniles

La condición juvenil la entendemos como una producción histórico-social, significada en función del tiempo y el espacio. Las diferentes cul-

² No sólo en el transcurso de la historia ha habido formas distintas de representar a los jóvenes, sino que en sociedades como la nuestra resulta ser que la juventud no es sólo una; cuestiones como la condición de género y la clase social imprimen en este sector de la población diversos matices de sentido. Ser *una joven* o *un joven* no es lo mismo, la institución patriarcal de nuestra sociedad va estableciendo claramente las diferencias; por ejemplo, las significaciones sobre el cuerpo de la mujer van construyendo no sólo su estar en el presente, sino también en el futuro; ideas como la virginidad, la maternidad o la reproducción guardan para la joven determinadas "propiedades". De la misma manera, a la condición de género se suman otros determinantes tales como religión, pertenencia étnica o clase social; deberíamos entonces referirnos no a la juventud, sino a *las juventudes*.

turas han atribuido sentidos distintos a aquellos que no son niños ni adultos; la edad y los cambios biológicos que ésta conlleva no ha sido el único referente para definir quiénes son o no jóvenes, sino que los aspectos culturales o religiosos y las condiciones económicas o políticas han sido determinantes en las formas de representar a este sector de la población. Así, en distintos tiempos y lugares la juventud ha estado en estrecha relación con las ideas de educación y sexo; trabajo, obediencia y silencio; fuerza, guerra y patriotismo; problema e inadaptación; desorden, violencia y delincuencia. Queremos subrayar que estas y otras imágenes no sólo plantean las formas en que las sociedades se han representado a sus jóvenes, sino que ofrecen elementos que permiten comprender cómo una sociedad va instituyendo sus valores, sus formas de sentir, de actuar y de transformar el mundo. Por ejemplo, las ideas en torno al progreso, la libertad o el conocimiento se ven de alguna manera dibujadas en los modos que las sociedades tienen de significar al sujeto joven. Norbert Schindler (1996) advierte cómo al inicio de la era moderna la frontera entre la infancia y la juventud seguía siendo fluida y difusa, debido a que la escuela no representaba, para la mayoría de la población, una alternativa a la vida laboral, rasgo característico de la modernidad.

Las imágenes de una juventud entendida como vivacidad y fuerza, creatividad y entusiasmo, fueron sin duda consolidándose a raíz del ascenso de la sociedad industrial capitalista que instituyó como valores la ganancia o rentabilidad, la eficiencia y la competencia. Tomando palabras de Ana María Fernández (1997), podríamos decir que los procesos de nominación de la juventud son piezas clave para comprender las construcciones que realizan los actores sociales para producir sus representaciones de la realidad sociohistórica que viven.

En este mismo sentido, los jóvenes y sus formas colectivas de organización también se fueron haciendo visibles en el tiempo. Si bien encontramos *agrupaciones* de jóvenes a lo largo de la historia alrededor de la caza, la educación —*X&paideia*—, la actividad militar, la fábrica, la guerra, etcétera, no será sino hasta el siglo XX que los *grupos* juveniles tomarían fuerza y se reconocerían como tales.³

³ Con la palabra *agrupación* hacemos referencia a la unión o sumatoria de individuos alrededor de un interés común. Cuando hablamos de *grupo* o *prácticas grupales* queremos hacer énfasis en una estructura en que se producen formas colectivas de subjetividad; estructura

En su inicio los grupos juveniles aparecerían buscando y apropiándose de espacios; el blues y posteriormente el rock sería un elemento clave no sólo para convocar a la juventud, sino para conformar ídolos y con ellos modelos y actitudes que definían la pertenencia.⁴ Algunos de los grupos juveniles que comenzaban a tomar forma se asociaban para vivir su juventud y posteriormente incorporarse a las exigencias establecidas por su sociedad (los College Boys, por ejemplo). Otros más, como el movimiento de los Black Panthers, cuestionaron un orden social caracterizado por el racismo que veía en la población de color rostros de salvajismo y antimodernidad. Aparecieron también los *Pachucos*, movimiento de jóvenes de origen mexicano radicados en Estados Unidos, que se conformaban en "pautas culturales de grupo, en la constitución de redes informales de apoyo, en la incertidumbre que magnifica la solidaridad y el carnalismo como recursos necesarios de sobrevivencia" (Valenzuela, 1998:253).

La segunda mitad del siglo XX sería un periodo clave en la presencia colectiva de los jóvenes en muchos países del mundo. Los movimientos estudiantiles, los contraculturales como los hippies, la liberación sexual, la música, etcétera, mostrarían a una juventud que se reconocía a sí misma en el esfuerzo por un cambio en el orden social. La fabricación de proyectos utópicos, el reconocimiento de la diferencia y la lucha por reivindicar la imaginación darían cuenta de nuevas producciones subjetivas, nuevas formas de ver, pensar y resignificar el mundo. Los años cua-

imaginaria, mítica, con historia, aprendizaje y experiencia. Se sabe, dice Alejandro Scherzer, que el grupo no es la suma de individuos, es "un algo más" o a veces "un algo diferente". Para Pichón Riviére aparece como situación grupal "[...] todo conjunto de personas y/o personajes que se reúnen para realizar una(s) tarea(s) ligadas entre sí por constantes de tiempo y espacio, articuladas por su mutua representación psíquica, que funciona como una estructura con un plano manifiesto y otro latente, sometido a una interacción dinámica interna y con el exogrupo social, por medio de un complejo mecanismo de prescripción, adjudicación y asunción de roles y funciones" (1986:38).

⁴ Para Eric Zolov, autor de *Rebeldes con causa*, inicialmente el rock fue hecho para los adultos que se identificaban en lo rítmico con las raíces africanas de éste; sin embargo, la transformación de un estilo musical adicto a un estilo adaptado y dirigido a la juventud no tomó mucho tiempo. "El rock'n roll y su cultura juvenil concomitante había abierto un importante espacio discursivo no sólo para los muchachos —que rápidamente se identificaron con el solitario héroe masculino que luchaba contra la corriente— sino también para las muchachas, que se vieron desafiadas a liberarse del molde tradicional definido por las buenas costumbres" (2002:16).

renta y cincuenta, tanto en Estados Unidos como más tardíamente en México, habían sido años que prometían el progreso y la prosperidad; Zolov señala que para muchos adultos mexicanos resultaba importante considerarse "avanzados", el deber ser, las buenas costumbres, las correctas formas de hablar así como el consumo de artefactos y productos ponía en el escaparate los aspectos de la modernidad y el progreso de la nación.

Muchos jóvenes se levantarían entonces en contra de estos postulados modernos, el autoritarismo de los padres y de los docentes en las instituciones educativas; la evidencia, cada vez más fuerte, de la pobreza y exclusión de gran parte de la población, así como el rostro cínico de las llamadas democracias que con su silencio justificaban el genocidio de otros pueblos como el de Vietnam, fue llevando a una buena parte de la juventud a manifestarse en contra de la organización social.

En México, además de los estudiantes y jóvenes obreros de la década de los sesenta y setenta, aparecían aquellos que se congregaban alrededor de un territorio definido; así, las "bandas" llamarían por mucho tiempo la atención de sociólogos, psicólogos y hasta psiquiatras. La banda juvenil, señala Lorenzo Encinas, es más que un simple grupo social:

Es un espejo de reciprocidades donde las carencias de los miembros son satisfechas de inmediato, no por solidaridad como grupo social, sino por su condición marginal que requiere un espacio para desenvolverse con plena libertad [1994:61].⁵

Las últimas dos o tres décadas de los años noventa y hasta la actualidad, el abanico de grupos juveniles se potenciaría. Los estilos musicales, los proyectos ideológicos y las posturas políticas o religiosas irían conformando desde entonces un heterogéneo mosaico de expresiones juveniles: *cholos*, *darks*, *hippies*, *punks*, *graffiteros*, *rockers*, *psicodélicos*, *skin*, *rostars*, *fresas*, *metaleros*, *trashers*, *tecnos*, etcétera.⁶

⁵ Sobre la diversidad de los grupos juveniles en estas décadas puede consultarse *Los Jóvenes y presencia colectiva*, de Rogelio Marcial, así como *La contracultura en México*, de José Agustín.

⁶ Sobre la constitución de este abanico de grupos de jóvenes es pertinente el texto *Tribus urbanas. El ansia de la identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, de Costa, Pere-Oriol y otros.

¿Qué lleva a que estos grupos se constituyan como tales? Creemos aquí que la noción de liminalidad puede echar luz sobre estos fenómenos colectivos.

Notas sobre el carácter liminal de los jóvenes

Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (1996) han planteado el carácter liminal o marginal que la juventud ha tenido en diversos momentos de la historia. Para estos autores, la historia de los jóvenes reúne numerosos aspectos del periodo liminal de los ritos de paso descritos por Arnold van Gennep y Víctor Turner; la ambigüedad en las formas de representación, la condición pasajera según las sociedades, las fases de separación, marginación y agregación son algunas de las características de este periodo.

Este concepto de liminalidad (*limen* en latín quiere decir umbral) nos parece importante para pensar cómo los procesos mediante los cuales los jóvenes se van constituyendo en grupos, incluyen un despliegue de la capacidad imaginativa y creadora. Esos espacios liminales tienden a ser diferentes de aquellos lugares definidos por las leyes, las costumbres y las convenciones sociales (Chihu, 2002), y esto es, a nuestro juicio, lo que permite la posibilidad de ver y pensar las cosas de otra manera.

Partimos de la idea de que en la actualidad la juventud guarda algunas de las características del periodo liminal pero además las complejiza. Efectivamente, vamos a encontrar que tras los cambios biológicos y psicológicos los jóvenes se encuentran, en palabras de Turner, *entre lo uno y lo otro*; no son niños, pero tampoco son adultos. *Ya no están clasificados y, al mismo tiempo, todavía no están clasificados.*

En el periodo liminal, los sujetos participantes en el rito se encuentran en un estado de ambigüedad entre dos posiciones: el estatus en que se encontraban anteriormente y el estatus siguiente que ocuparán una vez aprobado el rito [Chihu, 2002:91].

Otra de las características del sujeto liminal es la oposición de sentidos que puede portar; viajan en ellos tanto concepciones negativas como positivas, son la amenaza y la posibilidad de contagio por un lado, pero por el otro son la promesa y esperanza del futuro. El estado temporal es

también un rasgo; los jóvenes, más allá de los límites de edades, en algún momento dejan de ser considerados como tales; hemos señalado cómo los aspectos culturales, religiosos, políticos e ideológicos son decisivos en los modos de significar a este sujeto.

No podemos dejar de mencionar una característica más: la condición de invisibilidad a que son sometidas las personas liminales; si bien los jóvenes en nuestra sociedad se incorporan al sistema de clasificaciones y se les sitúa en posiciones asignadas, éstos tienen cada vez menos espacios de acción reconocidos; la poca oferta en materia de educación pública y salud, o la carencia de empleos, los va volviendo invisibles en las calles y las instituciones de encierro.⁷

En las sociedades estudiadas por Víctor Turner en *El proceso ritual*, aparece otra serie de atributos de la condición liminal. Por ejemplo, los seres liminales "no tienen estatus, propiedades, distintivos, vestimenta secular que indique el rango o rol, ni posición alguna dentro de un sistema de parentesco: nada que pueda distinguirlos de los demás" (1988:102). Asimismo, anota que la conducta de los sujetos liminales suele ser pasiva o sumisa con una fuerte tendencia a la obediencia y el silencio. Nos interesa referirnos a estas últimas características porque para el caso de algunas de las juventudes contemporáneas estos rasgos parecen complejizarse.⁸ Ya desde hace algunas décadas no es fácil atribuir a la totalidad de los jóvenes las propiedades de obediencia, sumisión o pasividad; por el contrario, el devenir de muchos grupos juveniles no es un mero hecho instintivo, económico o patológico, sino que tiene una dimensión instituyente y de resistencia al orden social. Creemos que preci-

⁷ En 2001, del total de población penitenciaria del Distrito Federal, 80 por ciento estaba integrada por jóvenes. El entonces subsecretario de Gobierno del Distrito Federal, Francisco Garduño, señaló: "nunca como ahora había sido tan predominante la población joven sobre la adulta en los centros de reclusión". De un total de 22 mil hombres y mujeres presos, 18 mil eran jóvenes de entre 18 y 25 años (*La Jornada*, 29 de noviembre de 2001).

⁸ Por supuesto que Turner advertiría esta complejidad. Aquiles Chihu plantea que "Turner distingue los fenómenos y situaciones que suceden en las sociedades tribales aplicándoles el concepto liminal, mientras que a los fenómenos y situaciones que acontecen en las sociedades complejas les atribuye el concepto de liminoide (oid proviene del griego *eidōs* y significa una forma que se parece o asemeja a otra). Cabe indicar además, que debido a la ambivalencia característica del fenómeno, Turner emplea el término liminoide en esferas fuera de los rituales de paso, tales como las peregrinaciones o las comunas hippies" (2002:90).

sámente la condición de marginalidad posibilitada por el estado liminal, permite a los jóvenes pensar y significar el mundo de otra manera y plantear las probabilidades de transformación social.

Por otro lado, tampoco podemos dejar de reconocer la presencia, si se quiere marginal, que han ido construyendo en diversos procesos colectivos; la búsqueda por una apariencia para distinguirse y hacerse visibles ha sido una de las constantes de los grupos juveniles contemporáneos.

El aspecto, no lo olvidemos, no es más que la representación para el Otro: los jóvenes que hemos conocido, más allá de su específica representación, estaban todos muy interesados en que su aspecto fuera lo más adecuado a lo que querían expresar (odio, desorden, desprecio, admiración u otro tipo de sentimiento) [Costa *et al*, 1996:49].

A partir de lo anterior podemos plantear que algunas de las características del proceso liminal son útiles para tratar de comprender la condición juvenil actual; no obstante, también hay que decir que el sujeto joven contemporáneo y sus formas colectivas de organización someten a discusión dicha condición marginal. Si los jóvenes *ya no están clasificados y, al mismo tiempo, todavía no están clasificados*, están por lo tanto fuera de la estructura; entonces ¿ésta es la razón por la cual forman grupos?, ¿los grupos que forman son una estructura más del orden social? La respuesta podría ser afirmativa y plantear que, efectivamente, los jóvenes al moverse del orden familiar (quienes lo tienen) se ven precisados a constituir sus propios grupos. O bien, que la sociedad al negarles un lugar los obliga a buscar el reconocimiento en sus pares. Esto puede ser parte de un intento de comprensión; sin embargo, consideramos que con esta visión corremos un riesgo: atribuir a la condición juvenil la característica de pasividad y negarle al joven la condición de sujeto. Por el contrario:

Los jóvenes son un sector de la sociedad, no sólo con características específicas que los hacen diferentes a otros grupos sociales, sino que son sujetos que participan e inciden activamente en la construcción de las relaciones sociales; por vías institucionales o anti-institucionales, los jóvenes intervienen en la constitución y creación de nuevos vínculos. En este sentido, no es suficiente plantear que la juventud es una cons-

micción histórico social, sino que es importante subrayar que ésta par-

icipa dinámicamente en la creación de lo histórico social. Los jóvenes, no sólo son objeto, sino sujetos que crean y recrean el mundo que les rodea [Soto, 2002:296].

De entre las características de la liminalidad, Turner va a plantear la camaradería e igualitarismo entre los sujetos liminales donde la posición o estatus desaparecen o acaban homogeneizándose. El autor va a dar el nombre de *communitas* a esta forma del periodo liminal que se encuentra sin estructurar o poco estructurada y relativamente indiferenciada, de individuos iguales. Y va a ser precisamente el movimiento hippie, movimiento básicamente de jóvenes, uno de los ejemplos que Turner ofrece para dar cuenta de los valores de la *communitas*. Se trata de los representantes "fríos", dice, de las categorías adolescentes y juvenil adulta:

[...] los cuales se "marginan" del orden social basado en el *status* y hacen suyos los estigmas de los inferiores, se visten cual si fuesen "vagabundos", son itinerantes en sus hábitos, *folk* en sus gustos musicales y desempeñan empleos ocasionales humildes. Dan más importancia a las relaciones personales que a las obligaciones sociales, y consideran la sexualidad más como un instrumento polimórfico de la *communitas* inmediata que como el fundamento de un vínculo social permanente y estructurado [1988:119].

Creemos entonces que no podemos negar la capacidad creadora de sentidos del sujeto joven; moverse de un grupo (la familia, por ejemplo) para incluirse además en otro (los adultos) no es una operación automática que los lleva a agregarse entre sí, sino que participan de este proceso elementos imaginarios donde se van produciendo nuevas formas de entender el mundo. La conformación de grupalidades juveniles no sólo obedece a una cuestión espacial o geográfica, es decir, a un cambio, casi mecánico, de una región a otra o de una estructura a otra, sino que aparece también en este proceso una dimensión subjetiva, temporal e histórica; partimos de que en la constitución de los grupos de jóvenes interviene una concepción de futuro y una memoria colectiva que los dinamiza. Ya en otro momento hemos señalado (Soto, 2001) cómo el movimiento [^] y el movimiento estridentista (movimiento literario mexicano de los años vein-

te) han hablado un mismo lenguaje; podemos decir que ambos son parte un mismo espíritu libertario que, de manera distinta y en épocas diferentes, se expresa para cuestionar el orden social existente. Una especie de hilo invisible los une. Más de cuarenta años los separan, pero este hilo conductor o vaso comunicante, esta memoria colectiva, se hace cargo del sentido y de la fuerza.⁹

Las formas de organización juvenil se convierten así en un campo de reflexión pertinente para el estudio de los fenómenos colectivos y los modos de constitución de la subjetividad. *Gm^ospunk*, *dark* o *\osgraffiteros* han ido construyendo nuevas formas de pensar las relaciones entre hombres y mujeres, la cultura y el sistema de organización social.

Los géneros musicales, las formas de vestir, las formas de significar el cuerpo, los usos de la ciudad o los proyectos políticos e ideológicos, son algunas de las prácticas, siempre cambiantes y en movimiento, que van definiendo un espacio de reconocimiento común y un sentido de pertenencia a estos grupos juveniles.

Los jóvenes en tanto sujetos que significan y resignifican el mundo que les rodea, van afiliándose a determinados espacios colectivos o bien van creando nuevos.

Los *crews*TM o tripulaciones son una especie de organización de graffiteros que cualitativamente difieren de lo que tradicionalmente se conoce como bandas, las cuales tienen determinadas características, como la asociación a un grupo juvenil delimitado por variables geográficas y afectivas (recuérdese la importancia que tiene para ellos el barrio y el carnalismo); en cambio los *crews* siguen otra lógica para su confirmación, más asociada a la búsqueda del reconocimiento individual (de la placa) y grupal (los *crews*) a través de lo novedoso y original de los estilos que componen el graffitti, además de lo excéntrico o riesgoso que sea el lugar donde se pinte [Sánchez, 2000:95].

⁹ Dice Greil Marcus: "¿Qué es la historia a fin de cuentas? ¿Es simplemente una cuestión de acontecimientos que dejan tras de sí esas cosas que pueden ser pensadas y calibradas —nuevas instituciones, nuevos mapas, nuevos dirigentes, nuevos ganadores y perdedores—, o es también el resultado de algunos momentos que parecen no dejar nada detrás, nada excepto el misterio de espectrales relaciones entre personas separadas por una gran distancia espacial y temporal, pero que de algún modo hablan el mismo lenguaje?" (1999:13).

¹⁰ Grupo de graffiteros que se han dado reglas que se deben seguir para poder pintar.

Hay que decir entonces que los grupos de jóvenes no son estáticos; hay en ellos una interesante dinámica. Calificar a un grupo de singular, específico e irrepetible, sería cometer un gran error. Si bien encontramos un espacio de reconocimiento común, un "nosotros", debemos tomar en cuenta que las grupalidades juveniles no se dan sin contratiempos y se constituyen a través de procesos en los que vamos a encontrar fuertes tensiones y contradicciones. ¿Podemos hablar entonces de la identidad de los grupos juveniles?

Sobre la identidad de los grupos juveniles

Más que dar una respuesta a esta pregunta, en este último apartado nos interesa plantear algunos ejes de reflexión en torno de las llamadas identidades juveniles, tema fundamental para la comprensión de las prácticas grupales de los jóvenes.

El concepto de identidad, ya de por sí complejo, ha sido abordado por distintas disciplinas: filosofía, antropología, sociología y por supuesto la psicología. En palabras de Gilberto Giménez (2002), la noción de identidad ha tenido una difusión descontrolada, una deslumbrante pero engañosa evidencia y sobre todo tiende a ser presentada como una entidad homogénea, cristalizada y substancial.

En el caso de los estudios sobre los jóvenes, nos parece que este tema es también muy problemático; la psicología y específicamente el psicoanálisis han centrado sus análisis y reflexiones alrededor de este concepto; de esta manera los fenómenos relacionados con procesos de crisis, mecanismos de identificación, cambios corporales, desarrollo sexual, procesos de duelo, etcétera, van dando cuenta de las formas de constitución de la identidad juvenil. No obstante los avances y las aportaciones centrales de estos estudios, creemos que es importante ir más allá de la lógica individual.

Por su parte, algunos sociólogos y antropólogos han retomado el tema y hecho un gran énfasis en el papel que juegan los elementos simbólicos en la construcción de las identidades juveniles. Por ejemplo, Maritza Urteaga plantea:

Sin ser un proceso exclusivo de la juventud, la identidad es un hecho enteramente simbólico, no es esencia, es transitoria y no es exclusiva a uno u otro ámbito. Se construye simbólicamente en y por el discurso social común y es efecto y objeto de representaciones y creencias social e históricamente constituidas [2000:86].

Para tratar de profundizar en algunos de los aspectos mencionados, presentamos tres puntos que intentan abrir la discusión para dar cuenta de la complejidad de los procesos colectivos juveniles:

a) *La identidad juvenil y su dinámica.* Después de algunos años de observación y contacto directo con grupos juveniles, hemos ido problematizando cada vez más la idea del "nosotros" y los "otros". Si hacemos un recorrido el sábado por la mañana en el tianguis del Chopo vamos a encontrar distintas expresiones juveniles: hay *punks*, *darks*, *rokers*, patinetos, *hippies*, metaleros y alguno que otro cholo. En ellos, los estilos musicales, los atuendos corporales, el uso de los espacios públicos, los códigos lingüísticos, etcétera, son algunos de los rasgos que los van definiendo. Efectivamente, vamos viendo cómo se dibuja un "nosotros" a través de la diferencia con respecto de los "otros". Pero lo que nos interesa señalar aquí, es que, a veces, las diferencias no son tan tajantes, o no lo son siempre en todos los aspectos. Armar oposiciones binarias entre los grupos juveniles, por ejemplo: punks/hippies o chavos banda/chavos fresa nos va cerrando un poco la discusión. ¿Por qué?, porque no debemos ignorar las interferencias y los vasos comunicantes que aparecen entre ellos. *^clpunk* nos puede remitir al no futuro, a la agresión, al negro, a la muerte; por otro lado, el movimiento *hippie* nos hace pensar en colores, en flores, en el amor y en la paz; posturas opuestas a primera vista. Sin embargo, encontramos algo más: ambos movimientos coinciden en su negación y contestación al orden social actual. Encontramos aquí entonces un punto de encuentro de tales diferencias, coexistencia de heterogeneidades que los hace ser compañeros de camino. Así, la polarización entre el "nosotros" y los "otros" va quedando trastocada. De esta manera, la noción de identidad, más que llevarnos por el camino de lo homogéneo y lo estático, nos conduce al reconocimiento del movimiento. De no ser así, ¿cómo podríamos explicar la existencia y coexistencia de proyectos y grupos juveniles que parecen ser opuestos?

Para terminar con este primer punto, habremos de decir entonces que en el centro mismo del concepto de identidad es importante incluir la heterogeneidad, la no continuidad. Eso es entonces lo que nos hace hablar de "identidades", así, en plural.

b) La lógica unificadora de la noción de identidad. Generalmente se plantea que la reducción de las diferencias entre los miembros de un grupo afirma la unidad identitaria colectiva. Creemos que en cierto modo esto es así; sin embargo, desde el campo de la psicología social, específicamente desde las teorías de los grupos, nos atreveríamos a señalar que estos principios unificadores y homogeneizadores tienen siempre puntos de fuga y no son totales. En las prácticas grupales de los jóvenes vamos a encontrar mecanismos de inclusión pero también de exclusión; relaciones entre sujetos que suponen juegos de roles y de pasiones; en los grupos también se hace presente el deseo, las fantasías y los miedos. Asimismo, incluyen procesos conscientes e inconscientes; son un sistema de relaciones dinámico que tiene sus momentos, sus etapas; no son siempre lo mismo, hay un interactuar y un reacomodar conductas.

En el grupo de pares, de amigos, se atraviesan otros grupos: el grupo familiar, el grupo de clase social, el grupo de pertenencia a un género, el grupo religioso, etcétera. Por estos motivos podemos plantear que las tendencias a la "unificación" no son nada fáciles; la teoría y el trabajo sobre los grupos nos ha enseñado que no es sencillo neutralizar o disimular la complejidad de los procesos colectivos. Si en el punto anterior hemos señalado las complejidades en la tensión entre "nosotros" y los "otros", en este segundo punto aparece otra tensión, el paso del "yo" al "nosotros", procesos imaginarios puestos en juego en que se desenvuelven escenas, diálogos, y movimientos. Para Bauleo hay una estructura mítica que se instituye en cada grupo:

[que] responde a una ideología determinada, el sentido que los aportes sociales recibidos por el grupo, a través de los integrantes, y las aspiraciones mismas de éstos, responden a la ideología de la clase dominante. Pero, entonces los grupos clasistas, o que intentan una lucha con la ideología dominante, ¿cómo construyen su imaginaria? Creemos que en estos grupos, sus aspiraciones unidas a una práctica real, estimulan la concreción de una estructura que provendrá de

estas acciones, y de la concepción que las posibilitan. [...] Aquí el concepto de crítica adquiere todo su valor por la posibilidad que da al grupo de adquirir en su imaginario una línea de anclaje, con su situación real de inserción social [1983:411].

Tenemos aquí entonces un punto central para seguir pensando en los procesos de constitución de la identidad. Por lo pronto, creemos que de alguna manera esto explica el por qué de las "combinaciones" y "cruces" que se van armando entre los grupos juveniles y de la creación de "nuevos" estilos y expresiones. El fenómeno de los grupos juveniles se ha modificado y se ha multiplicado; es decir, se han ido creando nuevas expresiones y formas culturales.

c) La identidad y su relación con lo simbólico. Hemos señalado la centralidad de los procesos simbólicos en la constitución de la identidad. Pero creemos que si mantenemos en esta noción la idea de movimiento, es necesario incluir también la discusión en torno de los procesos imaginarios. Esto es, pensar las identidades juveniles es pensarlas sí como un hecho simbólico —tal y como señaló Maritza Urteaga—, pero para nosotros este hecho simbólico tendrá que contemplar necesariamente su componente imaginario.

Para Castoriadis (1983) el simbolismo presupone la capacidad imaginaria, ya que supone la capacidad de ver en una cosa lo que no es, de ver otra de lo que es.

El simbolismo supone la capacidad de establecer entre dos términos (el significante y el significado) un vínculo permanente, de modo que uno de éstos "represente" al otro; sin embargo, esta relación, señala nuestro autor, es una relación firme pero flexible. En esto flexible es donde entra la capacidad imaginaria. De no ser así, la relación simbólica nunca iría más allá de donde surgió; se quedaría en un vínculo rígido entre el significante y el significado, entre el símbolo y la cosa.

De alguna forma esto nos ayuda a comprender cómo es que en los grupos juveniles se llegó más allá de donde se surgió; no hay reproducción en sentido puro, siempre hay génesis. Así, las identidades de los grupos juveniles no son una esencia, una estructura invariable con características fijas; contienen un componente imaginario que las dinamiza: capacidad de producir nuevos sentidos y significados, creación de nuevos proyectos. Finalmente, reiteramos nuestra hipótesis de que las prác-

ticas grupales de los jóvenes están definidas por dimensiones simbólicas, pero también por dimensiones imaginarias. Para muchos el mundo no sólo es como es, sino como podría ser, y esto no sólo se define a partir de procesos simbólicos, sino también de procesos imaginarios; de lo contrario estos grupos, estos colectivos, no tendrían historia o simplemente no existirían. La constitución de los grupos e identidades juveniles no sólo es símbolo; es creación, proceso, y como proceso es historicidad inacabada, destotalizada.

Los grupos o colectividades retienen, elaboran, seleccionan y, a veces, endosan a otros su memoria histórica y su proyecto de futuro —memorias y proyectos que no son compartidos homogéneamente: están en disputa—, y se ubican desde luego en alguna estructura social, en series de relaciones de poder; pertenecen a las tradiciones culturales; esto es, a procesos culturales histórica y socialmente conformados que contribuyen a reproducir, pero a los que no están irremediamente esclavizados y que potencian su transformación [Díaz, 2002:24],

Bibliografía

- Bauleo, Armando (1983), *Contrainstitución y grupos*, Fundamentos, México.
- Bourdieu, Pierre (1990), "La 'juventud' no es más que una palabra", en *Sociología y Cultura*, Grijalbo, México.
- Castoriadis, Cornelius (1983), *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Barcelona.
- Chihu, Aquiles (2002), "Identidades liminales: los grupos de la mexicanidad en Amatlán, Morelos", en Chihu, Aquiles (comp.), *Sociología de la identidad*, Porrúa/UAM-Iztapalapa, México.
- Costa, Pere-Oriol, et al, *Tribus urbanas. El ansia de la identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Paidós, Barcelona.
- Desroche, Henri (1976), *Sociología de la esperanza*, Barcelona, Herder.
- Díaz, Rodrigo (2002), "La creación de la presencia. Simbolismo y performance en grupos juveniles", en Nateras, A. (2002), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*. Porrúa/UAM-Iztapalapa, México.
- Encinas, Lorenzo (1994), *Bandas juveniles. Perspectivas teóricas*. Trillas, México.
- Fernández, Ana María (1997), *El campo grupal. Notas para una genealogía*, Nueva Visión, Buenos Aires.

- Giménez, Gilberto (2002), "Identidades sociales, identidades étnicas", en Alcaman, E. *et al.*, *Interculturalidad, sociedad multicultural y educación intercultural*, Castellano Editores/CFAL./Asociación Alemana para la Educación de Adultos, México.
- Lapassade, Georges (1973), *La entrada en la vida*, Fundamentos, Madrid.
- Marcial, Rogelio (1997), *Jóvenes y presencia colectiva*, El Colegio de Jalisco, México.
- Marcus, G. (1999), *Rastros de Carmín. Una historia secreta del siglo XX*. Anagrama, Barcelona.
- Mühlmann, Wilhelm (1968), *Messianismes Révolutionnaires du Tiers Monde*, Gallimard, París.
- Turner, Víctor (1980), *La selva de los símbolos*, Siglo XXI, España.
- (1988) *El proceso ritual*, Taurus, Madrid.
- Sánchez G., Alejandro (2000), "Graffiti y la organización de los crews: diversidad y expansión humana" en Martínez R. Carlos, *Cultura contra Cultura*, Plaza & Janes, México.
- Scherzer, Alejandro (1986), "Aporte al estudio de la estructura grupal", en Bauleo, A. *et ai*, *La propuesta grupal*, Plaza y Valdés, México.
- Schindler, Norbert (1996), "Los guardianes del desorden. Rituales de la cultura juvenil en los albores de la era moderna", en Levi, Giovanni y Jean-Claude Schmitt, *Historia de los jóvenes. De la antigüedad a la edad moderna*, Taurus, Madrid.
- Soto, M. Adriana (2001), "La presencia colectiva de los jóvenes", en *Memoorias de la XI Semana de Investigación Científica en la UAM-Xochimilco*, UAM-Xochimilco, México.
- (2002), "De culturas juveniles y tribus urbanas", en *Anuario de investigación 2001*, Educación y Comunicación, vol. 1, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.
- Urtega, Maritza (2000), "Identidades juveniles en la Ciudad de México", en *La juventud en la Ciudad de México. Políticas, programas, retos y perspectivas*, GDF, México.
- Valenzuela, José Manuel (1998) *El color de las sombras. Chicanos, identidades y racismo*, El Colegio de la Frontera Norte, México.
- Zemelman, Hugo (1995), "La esperanza como conciencia (un alegato contra el bloqueo histórico imperante: ideas sobre sujeto y lenguaje)", en Zemelman, H. (coord.), *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina*, UNAM/CRIM, Nueva Sociedad, Caracas.
- Zolov, Eric (2002), *Rebeldes con causa. La contracultura mexicana y la crisis de Estado patriarcal*, Norma, México.